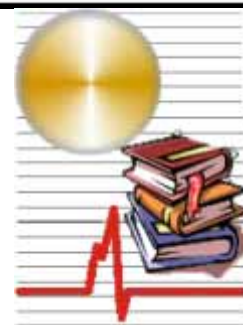




Qué se oye, qué se ve, qué se lee

SEXO TELEVISIVO
SEXO TELEVISIVO
SEXO TELEVISIVO
SEXO TELEVISIVO
SEXO TELEVISIVO
SEXO TELEVISIVO
SEXO TELEVISIVO

Por Habey Hechavarría Prado



televisivo

A lo largo de la historia, el amor y el erotismo han devenido aspectos privilegiados en las más diversas expresiones culturales. Pero en la actualidad alcanzan niveles insospechados de manipulación, según evidencian la literatura, el cine, la música, el video-clip, la publicidad, el espectáculo escénico, la televisión, los diferentes tipos de publicaciones, Internet y las tecnologías ultramodernas. Todos esos discursos reinciden sobre los atractivos del amor de pareja pues, junto a los asuntos de honor y de venganza, apenas necesitan justificación argumental. Tales expresiones, no obstante, muchas veces apuestan al sexo bruto e impuesto, cuya aceptación se ha vuelto masiva. Lamentablemente tal situación puede encontrarse en la producción comercial y en la creación artística. Por su parte, los medios de comunicación en su impacto universal lideran la emisión de mensajes sexuales, sobre todo la televisión -engendro fabuloso de la sociedad de masas que penetra en los hogares casi sin pedir permiso.

En Cuba, donde el televisor se ha convertido en una importantísima opción recreativa para la familia, el tratamiento del sexo ha ido incrementándose mediante programas de reciente aparición y de mensajes que acentúan su contenido en función del entretenimiento y de la educación. Los cinco canales perceptibles en la capital del país conforman una programación que procede de preocupaciones de orden social a las cuales este medio de comunicación procura dar respuesta. Entre spots, teleclases, programas musicales, cinematográficos, informativos, son los dramatizados de factura nacional y extranjeros los que mejor ilustran la complejidad de tales preocupaciones y ocupaciones.

En estos dramatizados, el sexo no siempre aparece como tema central, a veces solo motiva la acción. Su desarrollo se instala en los textos y menos en los acontecimientos. Imaginamos y oímos más de lo que vemos en tanto se visualiza con afán de demostrar y no de mostrar. Es decir, los parlamentos sobrepasan la visualidad y el regodeo erótico, los desnudos y las escenas de sexo y de coito son bastante pocas respecto a lo que se habla. Aunque aparecen desnudos parciales, son muy pocos los desnudos totales que la televisión cubana presenta. De todas formas en el público hay un impulso que magnifica la mínima alusión y completa con desbordada imaginación el faltante en la imagen fotográfica. De ahí que el habla de los personajes y sus relaciones concentren la problemática del sexo televisivo.

Es paradigmática, por ejemplo, la tarde-noche del martes, pues se ha cargado de contenidos sexuales en lo que evidencia una estrategia de programación. Con solo revisar la cartelera de ese día descubrimos una sucesión de teleseries dirigidas a la jerarquización de problemas eróticos y sexuales. El canal Tele Rebelde transmite Un paso adelante a las 7 y 30. Después del Noticiero Nacional, Cubavisión coloca en fila "Punto G", "Cuando una mujer" y "La cara oculta de la Luna". Y quienes lo deseen, y tengan la oportunidad, todavía pueden continuar con la edulcorada serie argentina del Canal Habana, "Alas, poder y pasión", en una extensa cadena de sueños televisados. Cada uno de esos programas merece un análisis diferente, que excede el presente espacio, pues no sería correcto igualarlos de acuerdo a sus naturalezas y calidades respectivas.

Tele-Rebelde ha venido presentando seriados juveniles foráneos. Terminó Roswell y se repuso "Dawson's creek" o "Amigos y amantes", el de mejor calidad, que alterna otros días en ese horario con el interminable "Un paso adelante", seriado español de los martes. Esta serie presenta una cadena de vínculos sexuales y afectivos que son una prueba no ya para cualquier estómago, sino para los no pocos campeones del permisivismo. En sus diferentes etapas, escondida tras gente linda, música provocadora, elementales coreografías, miente sobre valores y modelos éticos amparando furtivas e irrespetuosas relaciones. Falsea también la descripción de las escuelas de artes

escénicas, vendiéndolas como nichos de liberalidad de costumbres e inmoralidad. Frente a tal ausencia de normas de conducta entre alumnos o profesores, ningún colegio sobreviviría media jornada. ¿Conclusión? Un manajo de buenas razones ha ocasionado que muchos espectadores cubanos le paguen con la deserción.

En general, estos productos audiovisuales, sin duda seductores, responden a los principios que el comunicólogo y especialista español en televisión Jesús Juan Pardo identifica con las siguientes características: calidad técnica, cercanía con los televidentes, temas afines, tono sensual y frívolo unido a la carencia de pudor, sentimentalismo y gran permeabilidad por parte del público. En la página web sobre “Escuela de Familias” y “Familia y Educación”, el periodista, sin referirse a ninguna serie en particular, deja claro la inserción de posturas no cristianas y anticristianas mediante sugerencias, bromas y a ratos sutiles encantamientos.

Finalizado el capítulo de “Un paso adelante”, o la aventura de turno en los días dispuestos, viene la “Calabacita”, exhortación al anhelado sueño de los niños y a la necesaria exigencia de sus padres. Seguido y antes del Noticiero, aparece un curiosísimo anuncio que declara concluida la parte infantil de la programación. No son pocos los padres que se incomodan o se burlan de un cartelito colgado al final de las teleseries extranjeras ya mencionadas, repletas de sexualidad irresponsable, falsos conceptos de libertad, dudosa moral y criterios controversiales sobre los afectos.

Continúa, tras el Noticiero, “Cuando una mujer”. Pese a las debilidades de guión y las rusticidades de la puesta en escena, el programa es muy comunicativo debido a su estructura. Con una mitad dramática y la otra de opinión e instructiva, procura la promoción humana de la mujer abordando aspectos fisiológicos, psicológicos y sociales de la actualidad cubana hasta ahora ausentes de la televisión, lo cual le garantiza cierta aceptación popular. Su brevedad y precisión ayudan a evitar excesos, que tampoco parecen estar en el ánimo de los realizadores.

“Punto G”, por su parte, ha ido dando bandazos entre el humor de doble sentido y la astracanada de una sola e impúdica interpretación. Representa una fantasiosa consulta de sexología, oscilante entre la defensa de la dignidad hasta cierto morbo y escaresos en los recovecos del sexo puro que bien poco tienen de humano y sí mucho de animal. Por fortuna, evitan las llamadas malas palabras, que sustituyen por expresiones metafóricas no siempre de buen gusto. Sin embargo, “Punto G” ha ofrecido algunos buenos capítulos. Tiene el atractivo de su ligereza, los tres personajes fijos (la doctora Rosa Matriz, la enfermera Hidroelia y el imprescindible Beto, encargado de mantenimiento), algunos personajes simpáticos invitados y los chistes, verbales casi todos, de donde brotan alusiones directas a la realidad. Enlazados el doble sentido y la crítica social se entroniza una parte importante de la tradición humorística nacional. Lo preocupante de este programa radica en la vía “fantástica”, con pretensiones educativas, por la que satisface esa vulgaridad creciente que va imponiéndose entre nosotros.

En “La cara oculta de la Luna” el sexo participa del centro de la serie. Varias historias brotan de sucesivas reuniones de personas con el VIH-SIDA dispuestas a narrarse espontáneamente la manera del contagio. Surgen, entonces, las subhistorias sobre cuestiones íntimas de familiares y conocidos. Hasta el instante de escribir el artículo apenas han pasado dos historias y media, y se graba una cuarta, de las cinco anunciadas. De ahí la provisionalidad de esta reflexión. Las historias vistas, sin destacarse por su creatividad, se distinguen por osadas, claras y bien actuadas.

El complejo fenómeno del SIDA extiende un abanico de posibilidades. La iniciación sexual precoz, el embarazo de adolescentes, el adulterio, las deficiencias fisiológicas, la promiscuidad y otras, permiten echar una rápida mirada sobre la educación, las distintas realidades de familia, las relaciones intergeneracionales, los intereses económicos, la ética o falta de ética, la homosexualidad. Tal es el caso de la segunda historia, la más escandalosa hasta ahora, presentada a través de la siempre dudosa bisexualidad de un hombre casado que tiene sexo con hombres.



Quizá sea la primera vez que la televisión cubana aborda este aspecto, y lo despoja de caricaturas o tipificaciones. El tratamiento propició la polémica y una variedad de reacciones en los televidentes. La opinión pública fue exaltándose con la infidelidad de Yassel para quien el cariño por su hija y esposa no detuvo la aventura homoerótica que le cuesta el matrimonio y la salud. No se promulga la bisexualidad, se le comprende en la actitud de quien acepta un imponderable de la vida. Recuérdate la compasión que el Yassel contagiado llega a tener de

familiares y amigos y el apoyo de una vecina a Mario, la pareja homosexual. Tomando en cuenta las reacciones de los personajes, el enfoque fue más tolerante que de aceptación.

En cuanto a la primera historia, la de Amanda, conmovió el engaño sostenido de la adolescente a sus padres, quienes no advirtieron que ella cambió a sus espaldas bajo una mala influencia, hasta el punto de llevar una doble vida. Los desórdenes de Amanda le conducen al virus, un castigo aún más desgarrador para sus padres porque la narración los señala como corresponsables de la fatalidad. En la escena climática, al descubrirse el engaño y la infección, el guionista prefirió que la solución no viniera de la familia sino de la maestra y del médico, “solucionadores oficiales” del problema, agentes del orden público en clave de magos y hadas madrinas.

Pasan ahora la historia de la insatisfecha Nancy. Otra vez la infidelidad y la mentira, leitmotiv de la serie, sirve para adentrarse en nuevas aristas de la vida sexual. Pero da la impresión de ser más de lo mismo y carece del interés de las historias anteriores. Hasta ahora la convención del relato (un personaje superinformado domina detalles y minucias de la existencia privada de muchos otros), no van resultando con igual eficacia. Incluso la extensa exposición ha actuado en contra del entretenimiento, replegado solo a algunos conflictos y a los lugares bonitos. Fuera del martes, resulta inevitable no mencionar a “Señora del destino”, otra reafirmación de la calidad de la industria brasileña de telenovelas. La Do Carmo, protagonista absoluto, enredada en una triada de pretendientes aún en su adultez avanzada, la relaciones semejantes a los Macbeth de Reginaldo con su amante y luego esposa, el variopinto adulterio, la violencia familiar, las relaciones extramaritales, sex-symbols masculinos y la homosexualidad, dan abundante tela por donde cortar. Trabajada en el tono aséptico y poco comprometido -que Vicente González Castro, director y teórico cubano de la televisión, señala en su ensayo “Los encantos de las telenovelas”- el sexo se adapta a los modelos relativistas.

La televisión cubana no sufre los constantes comerciales ni la desvergüenza convertida en espectáculo. Pero no estamos aislados del mundo, y a su influencia se suman nuestras propias contingencias. En general, se ofrece lo que se tiene. La erotización de la pequeña pantalla se corresponde con la sobreerotización de la sociedad, incluso por eso mismo puede aumentar la teleaudiencia, pero no será su único efecto. Los mensajes se repiten: criterios in-morales y a-morales defienden las relaciones íntimas a la luz de posiciones desordenadas y promiscuas supuestamente modernas que traicionan los verdaderos valores; el enarbolamiento del preservativo como panacea de efectividad absoluta; un concepto de amor en el sentido de emoción pasajera y cambiante; una concepción hedonista de la vida que ubica la felicidad en la satisfacción de los instintos y calla ante la enfermedad, la vejez o la muerte, realidades execradas por incoherentes e incomprensibles.

Al parecer, no se ignora que la problemática sexual en cualquier medio artístico o tecnológico no puede desligarse de la perspectiva ética. Mucho más en esta “era de la pos-técnica”, cuando termina el idilio de la civilización y la tecnología porque los grandes aportes científicos se suelen utilizar contra la vida humana o el medio ambiente; y cuando somos testigos del Nuevo Humanismo que refiere la Constitución Pastoral “Gaudium et Spes” (55). En ello la moral cristiana tiene mucho que decir. Y cuando los medios de comunicación han obviado o reducido la responsabilidad individual, la supuesta libertad bocetada en la ficción, pierde de inmediato la posibilidad de hacer real la libertad misma.